

No hay que llorar la muerte, es mejor celebrar la vida. La poesía de Jaime Sabines

Juan Vives Rocabert

Sabines es un poeta que supo penetrar en el corazón del pueblo, sus poemas lograron, como pocos lo han hecho, esa identificación del lector con las angustias, los deseos y las motivaciones del poeta. Es ya un lugar común que, en su momento, se le haya catalogado (Villarreal, 1987) como un poeta del movimiento contracultural de México, incluso anticipándose al movimiento *beat* de los estadounidenses; en esto coinciden Levine y Trejo (1988) quienes también encuentran afinidades entre nuestro poeta y el movimiento que se habría de desarrollar en los Estados Unidos de Norteamérica como parte de la contracultura que se propagó como protesta en contra de la guerra y de los valores e ideología, que resultó funesta, de la modernidad. Pero más allá de las etiquetas más o menos eruditas, lo cierto es que estamos ante un poeta realmente popular, ante una poesía muy leída por la gente, por un pueblo que ha memorizado muchos de sus más famosos poemas. Sus libros, pese a tener tirajes inusuales para libros de poesía (la poesía, lo saben bien los editores, no se vende), pronto se agotaron y las ediciones originales son literalmente inencontrables. Pese a esta popularidad que con el tiempo se ganó nuestro poeta, Eduardo Lizalde (1987) nos ha recordado que no todo el tiempo Sabines fue bien aceptado por el público mexicano y llegó a considerársele con una cierta antipatía; aunque también es cierto que esto frecuentemente ha sucedido con los poetas de todos los tiempos, por lo que recomienda releerlo asiduamente para extraer de sus poemas aquellas enseñanzas de carácter universal. Unido a lo anterior, también traemos a colación la opinión de Raúl Antonio Cota quien especifica que la poesía de Sabines “tiene la particularidad de irritar y fascinar, al mismo tiempo, a los académicos y a los críticos, de sorprender y encantar a los diletantes.” (Cota, 1987, p. 65)

Intentar un acercamiento y comprensión de la poesía de Jaime Sabines, es una forma de entender cómo la vida tiene que ver con el amor, la soledad y la muerte; y cómo el temor de morir que siempre lo persiguió puede ser, incluso, una forma de vida. Nuestro poeta nació en Tuxtla Gutiérrez,

Chiapas, un 25 de marzo de 1926 y murió el 19 de marzo de 1999 en la ciudad de México luego de luchar denodadamente en contra de un cáncer que le llenó de sufrimiento y dolor físico los últimos años. Fue el tercer de los hijos del mayor Julio Sabines, migrante hijo de libaneses que casó con doña Luz Gutiérrez Moguel. Es así como el poeta heredó, de su padre, la tradición libanesa y la férrea disciplina, y de su madre, el orgullo y la generosidad. Eraclio Zepeda nos recuerda al padre de Sabines: Don Julio, quien “sabía contar historias maravillosas, historias que años después Jaime supo que venían de *Las mil y una noches*” (Zepeda, 1987, p. 143), fascinación que el joven Sabines terminó por capitalizar en su obra poética.

Sus días de infancia transcurrieron en su Tuxtla natal y no se distinguieron de los de cualquier otro niño, pero su habilidad para recitar lo convirtieron en el orador oficial de la escuela. De esta forma, a los 14 se aprendió un librito titulado *El declamador sin maestro*, en el que había 120 poemas que el declamaba en cuanta fiesta cívica se celebraba. Es así como en su primer encuentro con la poesía, Jaime Sabines descubrió la posibilidad de comunicarse, de expresar públicamente sentimientos, anhelos, tristezas y amarguras, la experiencia de vivir y morir.

Por el año de su nacimiento, Sabines pertenece a la generación de Rosario Castellanos, Carlos Fuentes, Jaime García Terrés, Jorge Hernández Campos, Juan Soriano y Luis Villoro, para mencionar, mezclados, nombres de la poesía, la prosa narrativa, la pintura y la filosofía.

Luego de sus estudios elementales, Sabines decidió migrar a la capital del país con la idea de estudiar medicina, carrera que abandonó al tercer año al no encontrar en sí mismo los elementos vocacionales indispensables para seguir esa profesión. Luego decidió entrar a la carrera de Lengua y Literatura Españolas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, la que terminó en 1949. En 1953 contrajo matrimonio con su novia de toda la vida, Josefa “Chepita” Rodríguez Zebadúa con la que tendría cuatro hijos.

De regreso a su tierra natal, en 1952, tuvo que aceptar el ofrecimiento de entrar en el negocio de su hermano Juan y atender una tienda de telas. El problema es que, sin proponérselo, estaba de vendedor en una tienda de ropa, viviendo del oficio más antipático del mundo: el comercio. Más tarde dejó la tienda de ropa en Tuxtla (donde, por cierto nació *Tarumba*, uno de sus libros más logrados), pero hay que consignar que, entretanto, a los treinta años de edad ya había publicado tres libros. Más adelante se fue a vivir a la ciudad de México en donde, durante veinticinco años, trabajó en una fábrica de alimentos para animales.

Pronto en su vida se vio favorecido por algunos reconocimientos, como fue el Premio Chiapas, de El Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, que el otorgaron en 1959, más adelante en su vida también le rindieron honores con el Premio Xavier Villaurrutia, en 1973, por su libro *Multitempo*; finalmente, y en 1983 le fue reconocido con el Premio Nacional de Literatura, máximo galardón en la materia. Asimismo en 1987, al cumplir los sesenta años Jaime Sabines recibió un gran homenaje que le rindieron en el Museo Nacional de Arte (MUNAL) donde se congregaron muchos poetas y artistas amigos suyos, quienes hicieron mención de las diversas características y la fina sensibilidad de su trabajo poético. Entre otros queremos destacar las palabras de Javier Barros quien destacaba que la obra de Jaime Sabines era “de una vitalidad y una ternura sorprendentes, anárquica y violenta, áspera y musical a un tiempo, nos ha enseñado a ver y a sentir de una manera distinta la realidad.” (Barros, 1987, p. 17). Y agregaba que sus versos, “sus imágenes, sus ritmos, sus metáforas son testimonio de una excepcional capacidad de tocar las cuerdas más recónditas, más tensas y dolidas del alma humana, (*Op.cit.*, p. 18). Oscar Wong coincide plenamente con lo anterior cuando nos advierte que “Sabines sabe manejar su voz. Para ello utiliza una expresión enérgica, cotidiana; el sentido es propio, sin que por ello soslaye el lenguaje figurado. El sello de este autor es la pasión, la vitalidad contundente.” (Wong, 1987, p. 140).

En un momento dado se dejó tentar por la actividad política (precedido también en esta actividad por su hermano Juan) y logró ser diputado federal por el Primer Distrito Federal de Chiapas de 1976 a 1979 y diputado en el Congreso de la Unión en 1988 por el Distrito Federal.

Desde muy temprano se habituó al tabaco y podemos entender su fuerte adicción como una forma de tratar de calmar su angustia existencial y, al mismo tiempo (un tanto contrafóbicamente), una manera de comenzar a darse muerte. Comenzó a fumar a los trece años y dos años después ya se intoxicaba con dos o tres cajetillas al día de los que habrían de ser sus inseparables *Delicados*¹², hábito que sostuvo durante más de cincuenta años, hasta 1995, cuatro años antes de morir.

En la última década de su vida un serio accidente y una enfermedad cancerosa golpearon el cuerpo del poeta. Una fractura en la pierna izquierda, cuyas complicaciones requirieron más de 35 intervenciones quirúrgicas, hizo que Sabines permaneciera gran parte de esos años recluido en su casa.

12 Marca de cigarrillos populares.

Tiempo en que el poeta pudo reflexionar a voluntad acerca de la condición humana. Sus últimos años fueron un tormento físico continuo para el poeta, inválido y atornillado a una silla de ruedas. Finalmente, su salud se deterioró seriamente por la acción del cáncer y falleció el 19 de marzo de 1999, seis días antes de cumplir los 73 años.

En relación a su actividad poética, Sabines es el poeta de lo cotidiano, es el artífice del lenguaje llano y de todos los días, ese en que las palabras huyen del alambicamiento, quizás, como él mismo dice “porque en Chiapas nos sobra la luz”. Como ya mencionamos, Desde su primera publicación (*Horas*, 1950) “su claridad, lo objetivo y el vocablo sugerente y personalísimo le conforman una personalidad con rasgos especiales dentro de la poesía joven de México” (Lerín, 1988). Sin embargo, no deja de reconocer sus deudas en algunos de sus predecesores, y admite las influencias literarias de Pablo Neruda, Federico García Lorca, César Vallejo, Rafael Alberti y James Joyce. También José Javier Villarreal reconoce, desde esta primera exposición de su poesía, Sabines “se nos revela como un poeta de impulsos, de golpes.” (Villarreal, 1987, p. 77). Es interesante que este comentarista haya hermanado a Sabines con los creadores de la Generación *beat* de los estadounidenses. Así, comenta que “a finales de la década de los cincuenta un grupo de poetas norteamericanos intenta conferirle a la poesía, en este caso de lengua inglesa, un aire nuevo. (...) Así, estos jóvenes poetas norteamericanos, conocidos como la generación *beat* (Ginsberg, Kerouac, Ferlinghetti, Corso, Jones, Lamantia, Orlovsky, etcétera), rescataron e incorporaron el lenguaje de la calle, la cultura de las drogas y la inercia de la post-guerra; la desgastante monotonía de lo diario, el *cool jazz*, la doctrina zen...” (*Op.cit.*, p. 78). “Sabines para principios de los cincuenta, a unos cinco o seis años de anticipación de los *beat*, empieza a rescatar un mundo hosco, turbio y difícil. Su voz da cuenta del dolor del cuarto cerrado, de la habitación sórdida y fría como único posible refugio, como la geografía permitida del hombre solo.” (*Op.cit.*, p. 79). Sin embargo, si bien es verdad que existen algunas coincidencias, como es el uso del lenguaje de la calle y las expresiones gruesas, así como la constatación de la realidad inmediata, hay que señalar las enormes diferencias entre la vida y la poesía de los integrantes de la generación *beat* y la vida y obra poética de Jaime Sabines, ya que este último jamás vivió en pocilgas malolientes ni se metió en el mundo de las drogas o en filosofías orientales. Nuestro poeta, aunque aprecia lo que es un buen trago, nunca estuvo inmerso en el alcoholismo que caracterizó la vida de Charles Bukowski o Jack Kerouac, para sólo

mencionar a un par de los poetas de aquella época. En su momento, Villarreal calificó a *Tarumba* como “el diario de un asceta, la confesión de un santo en los infiernos, el testimonio de un ángel caído de la gracia de Dios” (*Op.cit.*, p. 81). Incluso Hernán Lavín Cerda (1987) llegó a calificarlo entre el grupo de los antipoetas, opinión con al que coincide el poeta y ensayista Evodio Escalante, para quien Sabines es “el último de los poetas sacerdotales y el primer auténtico representante de la anti-poesía del país.” (Escalante, 1987, p. 111), de ahí que lo describa como “la gran figura contracultural de los años sesenta.” (113). De similar manera, el escritor Víctor Manuel Cárdenas agregó que, “Sabines es un peligro y no soy el primero en decirlo”, ya que la obra de nuestro poeta “es una bofetada al llanto discursivo, al vacío, a la gana de no vivir.” (Cárdenas, p. 87-89)

Vida y muerte son los dos polos entre los que transcurre nuestra existencia, y son también -en su esencia más desnuda- los dos temas centrales en la obra de Jaime Sabines. En medio de estos puntos opuestos, nuestro poeta sitúa el fenómeno incomprensible y loco del amor.

Los amorosos callan.

El amor es el silencio más fino,
el más tembloroso, el más insoportable.

Los amorosos buscan,

los amorosos son los que abandonan,
son los que cambian, los que olvidan.

Su corazón les dice que nunca han de encontrar,
no encuentran, buscan.

Los amorosos andan como locos
porque están solos, solos, solos,
entregándose, dándose a cada rato,
llorando porque no salvan al amor.

(*Horal*, 1950, en Sabines, 1977, p. 30)

Cuando escribió *Los amorosos*, parecería haber tenido una clara sensación y un conocimiento profundo de que se estaba refiriendo a un evento -el amor- que está situado justo en una media equidistante de la vida y la muerte, fenómeno que contiene ingredientes de ambas fuerzas energéticas que dominan y rigen en la vida de los seres humanos. Para Gaspar Aguilera Díaz, en función de su lectura de *Horal*, destaca como *Los amorosos* “nos van enfrentando a una verdad irrevocable: el verdadero, el

absoluto amor se nutre, se alimenta de la más definitiva y luminosa soledad; en el desencuentro fatal se realiza ese acto de alquimia y certidumbre definitivo...” (Aguilera Díaz, 1987, p. 108).

Lo cierto es que, para Sabines, el amor “está rodeado de una aureola de sufrimiento” (Armengol, 1988, p. 57). También Miriam Moscona está de acuerdo en que, gracias al diabólico tridente del amor, la vida y la muerte, “la poesía de Jaime Sabines oculta un imán que irremediamente atrae a los desconsolados.” (Moscona, 1987, p. 84), de ahí su atracción para el pueblo que se siente plenamente identificado con el poeta.

Sabines está instalado en el goce de la vida y en el irremediable temor de que se termine, por eso siempre nos está advirtiéndolo de que no nos descuidemos, que no permitamos el engaño, de que no demos por sentado que la vida siempre ahí estará; todo lo contrario, parecería advertirnos que si nos descuidamos llega la muerte sin aviso y, sin preguntarnos, nos marca el punto final. De ahí su insistencia en el problema del tiempo, incluso -desde la perspectiva de Armengol- el título mismo de su primer libro: *Horas*, nos habla de las horas y de la sucesión de las mismas en el imparable tiempo. Desde este inicio, Sabines nos presenta sus temas centrales: el tiempo, la soledad, la angustia y la ausencia del objeto amado.

Por eso nos comenta que: “Tal vez haya una línea general de desencanto, tal vez haya temas insistentes como la soledad, el amor y la muerte...” ¿Y de qué otra cosa podría hablar un poeta que está decidido a sacar sus verdades desde las profundidades de su cuerpo y su espíritu?

Sabines es el poeta de lo inmediato, el poeta de todos los días, el que le canta al jamón de la torta, a la copa de vino, a la jovencita que se cruza con él de camino al trabajo; pero también es el poeta del insomnio y, desde allí, es el que canta desde su más profunda angustia. Antonio Deltoro, para quien la poesía de Sabines no se separa ni un centímetro de la realidad, su narrativa constituye “un autorretrato que desde sus primeros trazos incluye nuestro mundo. Nadie ha hablado como él, tan entalladamente, con tanta crueldad y con tanta ternura, con menos ficción, de lo que somos los mexicanos.” (Deltoro, 1987, p. 115).

Sus temas más obsesionantes son: el amor, la soledad y la muerte, lo que resulta muy acorde con lo pensado por Héctor Carreto quien nos hace saber que “al escritor chiapaneco le es indispensable la catarsis para poderse aliviar de los males que lo acosan... y el principal de sus males acaso tiene el rostro de la muerte...” (Carreto, 1987, p. 67)

Entrar en el universo de Sabines es relativamente fácil ya que su poesía

toda está impregnada con el signo de lo profundamente personal, está marcada con la señal de su más irreductible subjetividad; toda ella está transitada por lo que su vida es, por el transcurso de la misma, por sus ilusiones y alucinaciones cotidianas; los de Sabines son poemas en los que podemos seguir, no sin cierto estremecimiento, los momentos de tranquilidad -y aún de pereza-, así como los angustiosos episodios de derrumbe, de rumiación suicida, de desesperación y vacío; son escritos en los que podemos marcar con el dedo el sitio exacto en el que aparece la lacerante desorganización de su pensamiento, el lugar preciso de la locura, así como el momento de la recuperación y de la integración. De ahí la razón que asiste a Para Elena Jordana, cuando refiere que hay poetas que escriben para perdurar, pero los “que escriben para sobrevivir ven en la palabra un arma cortante, peligrosa, o simplemente un madero en la tormenta: el madero que los llevará, cuando la desesperación, la angustia, el desconcierto llegan al cuello, de vuelta entre los hombres.” (Jordana, 1987, p. 91). Para ella, los temas de Sabines “no son la vida sino la muerte, no la palabra sino el silencio, no las presencias sino las ausencias, no la mujer como puente hacia la vida, sino las múltiples mujeres como vano recurso ante la imposibilidad del amor. Y ante todas estas imposibilidades de plenitud, el llanto.” (*Op.cit.*, p. 92)

Es un tipo tan especial de poesía que, al leerle, querámoslo o no, tenemos la impresión de estar dialogando directamente con el poeta, ya que nos comunica -en la más prístina acepción del término comunicar- su cotidianidad; son poemas que nos ponen en íntimo contacto con su creador, que nos platica, mientras chabacantemente se toma un café con nosotros y nos ofrece de sus cigarros, de sus aventuras amorosas, del nacimiento de cada uno de sus hijos, de la muerte de su padre, de sus amantes y de sus noches burdeleras de alcohol y tabaco. Jaime Sabines también es el poeta que, en forma relampagueante, nos embebe de su angustia existencial a la manera de un Omar Kayam -con el que tiene más de una semejanza; es el hombre desesperado hablándonos de su obsesión antenatal por la muerte, de su pánico ante el vacío negro que se abre como futuro luego de este breve paréntesis llamado vida. Sabines le ha cantado mucho al amor, pero aún más al vacío y a la muerte: al temor de la muerte.

Desde muy joven, desde sus 24 años, nos comunica ese preciso y profundo pánico ante la nada desdentada

El mar se mide por olas,
el cielo por alas,
nosotros por lágrimas.

El aire descansa en las hojas,
 el agua en los ojos,
 nosotros en nada.

(*Horal*, 1950, *Op.cit.*, p. 9)

Sabines le está buscando, desde que nació, no sólo una respuesta a eso que es la vida, sino que está tratando de saber si esa pregunta es, al menos, pertinente. Incluso querría adivinar el sentido de todo ese cúmulo de voces que preceden a nuestro nacimiento:

Amargo como esa voz amarga
 prenatal, presubstancial, que dijo
 nuestra palabra, que anduvo nuestro camino,
 que murió nuestra muerte,
 y que en todo momento descubrimos.

(*Op.cit.*, p. 10)

en donde la pregunta sobre el pasado está referida a una era remota, antenatal, filogénica; es la búsqueda del mensaje que los padres dejaron cifrado sobre su piel, marcando su destino y determinando su existencia toda. De ahí la frecuente sensación de ajenidad

Este que soy a veces,
 sangre distinta,
 misterio ajeno dentro de mi vida,
 este que fui, prestado
 a la eternidad,
 cuando nací moría.

(*Op.cit.*, pp. 10-11)

Apoyándose en algunos conceptos freudianos y enfatizando la forma que tiene nuestro poeta de tratar el tema del tiempo, Rivas Sáinz nos comenta que “la preconsciencia durante la vida intrauterina debe ser algo viscoso e informe; pero, como va a transformarse después en una conciencia, debe poner en esta los gérmenes oscuros de su identidad originaria... Debe, alguna vez siquiera, dejarse ver en los dobleces de una memoria primordial” (Rivas Sáinz, 1988, p. 41). De verdad resulta muy tentador hablar de una suerte de memoria primordial en Sabines, que es capaz de transmitirnos experiencias que nos remiten a momentos primigenios y prácticamente inenarrables

de su propio devenir. Para este comentarista, el poema La Tovarich “esta pringado de varios signos que bien podrían ser de lejanas reminiscencias fetales” (*Op.cit.*, p. 42), aunque a decir verdad, a nosotros nos parece que se trata del relato de un sueño -lo que no quita la posibilidad de tratarse de una suerte de memoria ontogénica de la vida intrauterina. De cualquier manera, la compañera es un ser no sólo primordial, sino indispensable, de hecho la vida es impensable sin la compañera. De ahí que la mujer sea, al mismo tiempo, *Mujer; ternura de odio, antigua madre* y simultáneamente sea vivida como *mujer; músculo suave*.

A veces, por el contrario, Sabines tiene una aguda conciencia de que su existir tiene que ver con su cotidiana experiencia y que, a la manera de Ortega y Gasset, nos advierte que el hombre es lo que hace todos los días

El porvenir que cae me filtra hasta perderse.

Yo soy; ahora, aquí, siempre, jamás.

(*Op.cit.*, p. 15)

El poeta Sabines casi podría definirse por la calidad autobiográfica de sus escritos, por esa capacidad de darse entero en cada una de sus líneas:

Pero nació también (porque nació)
al sexto sol del día,
en el último vientre de mi madre.
(Mi madre es mujer
y no tuvo ningún que ver con Dios.)
Hasta agotar sus senos me desprendí
(leche de flor bebí).
Mi padre me dijo: levántate y anda
a la escuela.

(*Op.cit.*, p. 16)

Como bien apuntó Armengol (1988) se trata de una clara paráfrasis del Nuevo Testamento, tema por cierto recurrente en la obra de Sabines. La vida no es un asunto sencillo, Sabines lo sabe bien; cuesta un trabajo endemoniado y, al final, uno no sabe bien por qué o para qué todo ese relajó. Una cosa si le queda clara, y es que en el curso de la vida hay un momento en el que, reflexivamente, hay que optar por el silencio.

Eso que nunca he dicho
empiezo a callar.

(*Op.cit.*, p. 19)

La visión que tiene de él mismo y de su sitio en este planeta es simple
 Uno nació desnudo, sucio,
 en la humedad directa,
 y no bebió metáforas de leche,
 y no vivió sino en la tierra
 (La tierra que es la tierra y es el cielo
 como la rosa rosa pero piedra):

.....

Aquí está todo, aquí. Y el corazón aprende
 -alegría y dolor- toda presencia;
 el corazón constante, equilibrado y bueno,
 se vacía y se llena.
 Uno es el hombre que anda por la tierra
 y descubre la luz y dice; es buena.

(*Op.cit.*, pp. 19-20)

Después de todo, la existencia puede ser vista como una especie de escape -frenético a veces, resignado otras- en el que no se conoce de que se huye ni hacia donde puede estar el refugio potencial.

Andarás, te dijeron, de un sitio a otro de la muerte
 buscándote.
 La vida no es fácil.

(*Op.cit.*, p. 27)

Por eso Dietrick nos advierte que “dentro de la visión poética de Jaime Sabines, el sentimiento de angustia ante el paso inexorable del tiempo puede exacerbarse al romper el mito cristiano de vida eterna” (Dietrick, 1988, p. 44).

Nuestro poeta renuncia a la ilusión de un más allá, sabe que el tiempo de la vida es irrecuperable; de ahí la convicción de que *la vida no es fácil*, para luego agregar con desesperación

Con siglos de estupor,
 con siglos de odio y llanto,
 con multitud de hombres amorosos y ciegos,
 destinado a la muerte,
 ahogándome en mi sangre, aquí, embrocado.
 Igual a un perro herido al que rodea la gente.

Feo como recién nacido
y triste como el cadáver de la parturienta.

Los que tenemos frío de verdad,
los que estamos solos por todas partes,
los sin nadie,
los que no pueden dejar de destruirse,
éstos no importan, no valen nada, nada,
que de una vez se vayan, que se mueran pronto.
A ver si es cierto: muérete.
¡Muérete, Jaime, muérete!

(*Op.cit.*, p. 28)

Sabines sabe muy bien lo que es la muerte: lo sabe en el cuerpo quebrado de un íntimo amigo, lo sabe en aquella sangre que le escapaba de los brazos luego de jugar con la idea del suicidio: él mismo nos confiesa que la muerte no tiene nada de poética: "...sólo los muertos son la muerte", lo demás es invención de la ilusión, romanticismo y utopía. Más allá del dramatismo que en ocasiones impregna la poesía de Jaime Sabines, Mario del Valle rescata el sentido de humor que impregna la obra toda de Sabines. "El hombre es ridículo en muchas ocasiones, y es necesario entonces reír, mofarse, reírse de uno mismo... reconocerse humano." (del Valle, 1987, p. 119).

Para Sabines
"el día y la noche no descansan".

En otras palabras, ni la vida ni la muerte descansan jamás y ambas le dan forma y consistencia al fenómeno del tiempo. A partir de entonces ha tenido que aprender a vivir, a gastar el tiempo de su vida de la mejor manera posible.

Desde entonces mide el tiempo y nos canta su curso -lento a veces, apresurado otras.

A los 25 años parecería hablar a veces como un recién nacido
Me miras como a un niño y se me olvida todo
y ya sólo te quiero alegre, dolorosamente.
He pensado en la duración de Dios,
en la manteca y el azufre de la locura,
en todo lo que he podido mirar en mis breves días.

(*La señal*, 1951, Sabines, 1977, p. 62)

pero en otras, su voz es la de un viejo prematuro, ya que su juventud le duele como ropa mal ajustada.

Con ganas de llorar, casi llorando,
traigo a mi juventud, sobre mis brazos,
al paño de mi sangre en que reposa
mi corazón esperanzado.

Mi juventud no me sostiene (...)
y si camino voy como los ciegos
aprendiéndolo todo por sus pasos.

(*Op.cit.*, pp. 66-67)

Ese largo aprendizaje de la vida abarca todas las facetas en Sabines: él es el hombre que todo lo intenta, que se instala en el mundo con lo que tiene de bueno y de malo y lo toma tal como es. Como bien dice Fernández Retamar (1987), Sabines es un francotirador de las letras; para él el amor, la soledad, la muerte son temas absolutamente sociales.

Alguien se refugia en las pequeñas cosas,
los libros, el café, las amistades,
busca paz en la hembra,
reposa en el esperanza,
pero no puede huir, es imposible:
amarrado a sus huesos,
atado a morir como a su vida,
ha de aprender con llanto y alegría.

Oscuramente, con la piel, aprende
a estar, a revivirse.
Sobre sus pies está,
es todo el cuerpo que mira en los espejos
para conocerse, el que miran las gentes,
como lo miran.

(*Op.cit.*, pp. 70-71)

Obviamente, de ese aprendizaje, el amor tiene un lugar particularmente importante dentro de las experiencias posibles: la mujer, no importa que sea esposa, amante o cortesana, es el gran refugio, la gran incógnita y el gran abismo; es el retorno a la simbiosis, a la anhelada fusión con la madre. Eduardo Hurtado entiende que, para Sabines, “la creación poética es

incomprensible con las ideas de pulimiento, esmero, técnica, porque piensa que la unidad de un poema no es de orden material” (Hurtado, 1987, p. 71). Sólo la fantasía de fusión con la madre puede dar esa sensación de completud, de unidad; de ahí que, “en su infinita variedad, las cosas aparecen en la poesía de Sabines despojadas de analogías y correspondencias, y cobran una coherencia peculiar por obra de la simultaneidad” (*Ibidem*). Dada la dinámica del proceso primario, característico de la etapa de fusión con la madre, este ensayista entiende que “de cara a la muerte, [Sabines] extrae del desencanto, de la soledad, del más profundo desarraigo, el agua limpia de la vida” y que para nuestro poeta “Soñar y mirar son para Sabines una misma cosa: la realidad le fluye como al durmiente los sueños.” (*Ibid.*). El hecho de que el poeta sea capaz de bucear en las profundidades de su siquismo promueven que “su más honda virtud es la humildad, y esa humildad le viene de la certeza de que lo verdaderamente extraordinario, <lo monstruosamente anormal es esa breve cosa que llamamos vida>.” (*Op. cit.*, p. 72).

Sabines nos ofrece su versión de nuestros inicios míticos en el Jardín del Edén en su libro de 1952, titulado, justamente, *Adán y Eva*.

Cuando estoy en ti, cuando me hago pequeño y me abrazas y me envuelves y te cierras como la flor con el insecto, sé algo, sabemos algo. La hembra es siempre más grande, de algún modo.

Algo he de andar buscando en ti, algo mío que tú eres y que no has de darme nunca.

¿Por qué nos separamos? Me haces falta para andar, para ver, como un tercer ojo, como otro pie que sólo yo sé que tuve.

(*Adán y Eva*,
1952, Sabines, 1977, pp. 82-83)

Para Mónica Mansur, *Adán y Eva* es la crónica del pecado original, del inicio de la sexualidad entre el hombre y la mujer y, a partir de entonces, la vivencia del transcurrir del tiempo humano de nuestra historia, el tiempo del amor-sexo y la advertencia del ciclo vital, el ciclo de la vida, pero también de la muerte (Mansur, 1966). Como dice Alí Chumacero para Sabines, “atenido a la ironía y a la virtud de evocar las cosas por su nombre, sólo el amor -como único saber universal o ancla de salvación- presta un tono de esperanza al demonio de su fantasía.” (Chumacero, 1987, p. 36).

A veces en la vida la desesperación le gana a Sabines y se transforma en algo agobiante, como nos lo comunica en su cuarto libro: *Tarumba*, donde

se reafirma que su “vocabulario nace del paraíso que lo rodea. Huele y sabe al fruto virgen y al agudo dolor de la espina! (Nandino, 1988, p. 111). Es entonces cuando nos comunica la sensación de que nada es importante, si siquiera tomarse la molestia de pensar en nada -de ahí que Valadés (1988) lo califique de “poesía nihilista”, de algo escrito desde la “máxima desesperación”. Sabines nos dice, con claridad, que sólo es cuestión de emborracharse y de dejar que el tiempo transcurra y ya.

Quién sabe en qué rincón del trago,
a qué horas, pensaste
que la vida era maravillosa.
Te pusiste tu cara de idiota
y te alegraste.
Sentiste que ibas a ser papá.
Amaste lo elemental. Hablaste
a las piedras, y sacaste del bolsillo
el resplandor de santo con el que te ves tan bien.

(*Tarumba*, 1956, Sabines, 1977, p. 100)

Para Aguilera Díaz es en *Tarumba*, donde con esa *enfermedad que viene de lejos*, “se prefigurán las múltiples y sobrecogedoras descripciones de la muerte a través de su mejor vocero: la enfermedad.” (Aguilera Díaz, 1987, p. 109).

Pero la vida va fluyendo a ritmo continuo, pese a todo. Como ha dejado consignado el ensayo de Raúl Leiva, “en la vida, al poeta lo sostiene la inquietud, el mundo de los deseos insatisfechos en su lenta marcha hacia la muerte...” (Leiva, 1988, p. 123). Y a pesar de que está próximo el advenimiento del hijo, parecería que Sabines no puede acabar de conectarse con la vida.

(Perdóname. Tú sabes que digo estas cosas por decir algo.
Es un remordimiento de estar muerto).

(*Op.cit.*, p. 104)

Finalmente, aparece el deseo por un hijo, pero que sea de su propio sexo, para poder seguir -al menos en lo aparente- con los eslabones de esa cadena de JS que ha sido su familia (todos los Sabines tienen un nombre que se inicia con la J (Julián, Juan, Jaime, etc.). El linaje debe seguir siendo de estirpe libanesa.

Va a ser varón porque la madre tiene el vientre
pronunciado
hacia delante. Éste es un signo inconfundible.
Me lo han dicho cinco comadronas de larga experiencia.
Va a ser varón porque se mueve del lado derecho
y porque no da sueño.
Va a ser varón porque el abuelo lo quiere,
y el tío lo quiere, y yo, el padre, lo quiero.
¡Tiene que ser varón!

(*Op.cit.*, pp. 105-6)

Y un bueno día, más allá de la paternidad cumplida o como consecuencia de ella, Sabines percibe que el tiempo ha pasado, que se ha convertido en un objeto prescindible dado que ya cumplió con los requerimientos de la especie. Advierte que el tiempo, para él, toma forma de vejez
vienen canas en busca de mi edad,
tablas flotando para mi ataúd.

(*Op.cit.*, p. 111)

y que ese tiempo no perdona, que se queda depositado en los intersticios del cuerpo, en los pliegues de las tristezas, en los más remotos rincones de las ilusiones idas.

A los treinta y cuatro años me resfrío con facilidad, y creo que mi alma también prefiere los tragos calientes, la viejecita.

(*Diario semanal y poemas en prosa*, 1961, Sabines, 1977, p. 120)

A esa temprana edad, nuestro poeta piensa que es ya el tiempo para que comience a hacer un adecuado balance de su existencia. La crisis de la mitad de la vida se hace sentir sin tapujos, cuando nos pregunta

¿Tiene uno, como la naturaleza, sus estaciones, sus ciclos de vida? En el curso de quince o veinte días pasa una primavera y un verano en el fondo del alma, y luego viene un día violento en que nos quedamos sin hojas, y fríos, e inmóviles.

(...)

...pienso con tristeza en las hojas que caen de los calendarios incesantemente. Me siento el árbol de los calendarios.

(*Op.cit.*, p. 133)

Para el también poeta Vicente Quirarte, una de las obras más importantes y profundas de Sábines es el *Diario semanal y poemas en prosa*, de 1961. “Toda su poesía puede resumirse en una frase del Diario...: <No enumerar ni descifrar. Alcanzar la vida en esa recóndita sencillez de lo simultáneo>”. (Quirarte, 1987, p. 101).

El fantasma de la enfermedad, de la invalidez y de la muerte comienza a rondar al poeta, pese a su relativamente temprana edad. Pero para Sábines, que es un ente obsesionado con el más allá prácticamente desde el día de su nacimiento, la edad cronológica nunca ha tenido demasiada importancia.

La enfermedad viene de lejos,
viene sombríamente
subiendo a nuestro cuerpo
como a un monte, con un espeso
viento, con un duro paso seco.
Viene subiendo
a nuestro viejo cuerpo
como a una casa en ruinas
de noche, con el miedo.

(*Poemas sueltos*,
1951-1961, Sábines, 1977, p. 150)

La desesperanza a veces es tan aguda, que el poeta sólo puede exclamar:

Quiero que despiertes, nada más,
para que veas que todo es inútil

(*Op.cit.*, p. 160);

sin embargo, el nacimiento de un hijo le concede un cierto alivio y esa curiosidad sin fin de observar cómo se va gestando eso que llamamos existencia:

A los tres años y medio, Julito aprende nuestro idioma después de habernos enseñado el suyo. Y su facultad de aprender es mayor que la nuestra de olvidar.

(*Op.cit.*, p. 167)

Conforme crece el hijo, Sabines va cobrando conciencia de que es sólo un eslabón en la cadena de la especie.

Igual que la arena entre los dedos
se va la vida
y la tierra florece con flores y con niños.

(*Op.cit.*, p. 172)

Entiende que la vida es una especie de préstamo, aunque sabe que no hay a quién devolvérsela luego de usarla.

¿Qué otra cosa sino este cuerpo soy
alquilado a la muerte para unos cuantos años?

(*Op.cit.*, p. 174)

Sin haber leído a Freud, nuestro poeta sabe que somos seres destinados a la muerte, que ese es el único fin conocido de la vida; por ello, los momentos de caída son frecuentes en Sabines. A veces nos transmite que ya no puede más con la existencia y con ese pedazo de mundo que le ha tocado en suerte vivir.

La vida yéndose sin sentido, entre la borrachera y la conciencia,
entre la lujuria y el remordimiento y el cansancio.

Encontrarse, de pronto, con las manos vacías,
con el corazón vacío,
con la memoria como una ventana hacia la obscuridad,
y preguntarse: ¿qué hice?, ¿qué fui?, ¿en dónde estuve?
Sombra perdida entre las sombras,
¿cómo recuperarte, rehacerte, vida?

Nadie puede vivir de cara a la verdad
sin caer enfermo o dolerse hasta los huesos.

(...)

He aquí la verdad: hacer las máscaras,
recitar las voces, elaborar los sueños.

Ponerse el rostro del enamorado,

la cara del que sufre,

la faz del que sonrío...

y comer a las horas lo mejor que se pueda,

y dormir y ayuntar,

y seguirse entrenando ocultamente para el evento final
del que no habrá testigos.
(*Op.cit.*, pp. 190-191)

Ante la fantasía de su propia muerte y con el espantajo claustrofóbico
de su inevitable entierro, a veces intenta apurar el vaso de la vida a grandes
tragos y con prisa

Si sobrevives, si persistes, canta,
sueña, emborráchate.
En el tiempo del frío: ama,
apresúrate: El viento de las horas
barre las calles, los caminos.
Los árboles esperan: tú no esperes,
éste es el tiempo de vivir, el único (...)

Cuando tengas ganas de morirme
no alborotes tanto: muérete
y ya.

(*Yuria*,
1967, Sabines, 1977, p. 206-207)

Después de todo, y ante la consternación que le provoca el fallecimiento
de su padre, y muy posiblemente habiendo tomado inspiración en Jorge
Manrique (1439-1479) en las *Coplas por la muerte de su padre*, nos dice
nuestro poeta

Morir es olvidar, ser olvidado...

Morir es encenderse bocabajo
hacia el humo y el hueso y la caliza
y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apagarse es morir, lento y aprisa,
tomar la eternidad como a destajo
y repartir el alma en la ceniza.

(*Algo sobre la muerte del Mayor Sabines*,
1971, Sabines, 1977, p. 234)

Ante la innegable evidencia de nuestra finitud, el poeta vuelve a tomar
contacto visceral con el hecho de que somos, desde siempre, seres para la muerte:

¿Quién me untó la muerte en la planta de los pies el día de mi nacimiento?

(Maltiempo, 1972, Sabines, 1977, p. 252)

para finalmente concluir

No hay poesía en la muerte. En la muerte no hay nada.

(*Op.cit.*, p. 253)

Pese a todo, en ocasiones la muerte puede ser tratada por Sabines con cierto humor, muy a la mexicana

Quiero una caja de muerto que esté cómoda,
no vaya a estar angosta o corta.

La almohadilla no muy alta
y el color que quieran.

Herméticamente cerrada

Para que no me entre nada de la vida.

(*Op.cit.*, p. 276)

En la crisis del medio siglo, Jaime Sabines sabe que el único remedio para el sujeto cuando comienzan a colgarse las carnes del cuerpo y a desportillarse el ánimo, es el mismo que ha sido recomendado desde hace milenios:

Me dicen que debo hacer ejercicio para adelgazar,
que alrededor de los 50 años son muy peligrosos la grasa y el cigarro,
que hay que conservar la figura
y dar la batalla al tiempo, a la vejez (...)

La única recomendación que considero seriamente

Es la de buscar mujer joven para la cama

Porque a estas alturas

La juventud sólo puede llegarnos por contagio.

(*Otros poemas sueltos*, 1973-1977, Sabines, 1977, pp. 287-288)

Aún tuvo tiempo nuestro poeta para agregar algún material poético a sus *Otros poemas sueltos*, que de esta forma agrandó un poco con trabajos que se prolongaron hasta el año de 1991. En un poema titulado “Temas de la vejez y del cansancio”, es notoria la aceptación de la realidad y la falta de esperanza.

Estoy en este cuerpo decadente, cada vez más sumiso a los dictados del tiempo. Me pregunto cuál es mi destino, y no encuentro más destino que la muerte.

(*Otros poemas sueltos*, 1973-1991, Sabines, 1991, p. 481)

Encadenado a una cama de la que no puede prescindir, limitado en sus movimientos, la vida ha dejado de ser un evento interesante. Sabines está condenado a ver el mundo desde la limitada vitrina de la ventana de su habitación de enfermo.

Veo salir el sol desde las ventanas de un edificio de enfrente.
 La calle está desierta,
 nadie camina bajo los árboles,
 un coche pasa apenas,
 empiezan a despertarse los ruidos.
 El cielo está anclado sobre la ciudad de cemento
 y el día me dice: vamos a zarpar.

(*Op.cit.*, p. 483)

Al final, hay una aceptación resignada de las leyes de la naturaleza, se inclina ante la sabiduría de la vida, ante los ciclos de los que nada sabemos, pero que nos determinan.

Las casas duran un poco más que los hombres,
 pero también las casas un día desaparecen,
 las ciudades, los pueblos, las generaciones.
 Todo se hace historia,
 memoria y olvido,
 más olvido que otra cosa, más olvido.
 Este es el estupendo secreto de la vida:
 comienza hoy precisamente, nos espera.

(*Op.cit.*, p. 487)

A partir de entonces, Sabines sumido en el dolor por sus enfermedades guardó silencio y en silencio esperó a la muerte.

Resumen

Se revisa muy brevemente la vida del poeta Jaime Sabines, así como partes escogidas de su vasta obra como poeta, fragmentos a través de los cuales

-de a mano de insignes poetas, narradores y críticos- intentamos resaltar con especial nitidez su forma especialmente accesible y su lenguaje llano, así como sus ideas y concepciones acerca de la vida, la muerte, la soledad y la angustia de los seres humanos.

Palabras clave: Poesía – Psicoanálisis aplicado al arte – Jaime Sabines

Summary

In this paper there is a very synthetic look of the life of the poet Jaime Sabines, and of chosen parts of his vast poetic production, fragments though with -handinfully of distinguished poets, narrators and critics- we try to highlight with special sharpness his form specially accessible and its plane language, as well as his ideas about life, death, and anguish in human beings.

Key words: Poetry – Applied Psychoanalysis – Jaime Sabines

Bibliografía

- AGUILERA DÍAZ, G. (1987): “La poesía confesional y el ritual amoroso”, en Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 107-110
- ARMENGOL, A. (1988): “La iniciación poética de Jaime Sabines”, en Mansur, M. (comp.): **Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos**, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, pp. 50-70
- BARROS, J. (1987): “Poesía del mundo cotidiano”, en Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 17-19
- BARROS, J.; CURIEL, F.; FERNÁNDEZ RETAMAR, R. *et al.* (1987): **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México
- CÁRDENAS, V.M. (1987): “Recuento (1975-1980)”, en Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 87-89
- CARRETO, H. (1987): “Algo sobre la palabra del poeta Sabines”, en Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del**

- hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 67-68
- CHUMACERO, A. (1987): “El responso de la violencia”, en Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 35-37
- COTA, R.A. (1987): “Una poética del agua y la vegetación”, en: Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 65-67
- DELTORO, A. (1987): “Sabines vive su condición de poeta”, en: Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 115-117
- DEL VALE, M. (1987): “Alimentos terrenales”, en: Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 117-119
- DIETRICK, C.R. (1988): “Romper mitos, crear mitos”, en Mansur, M. (comp.): **Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos**, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, pp. 44-49
- ESCALANTE, E. (1987): “Seis propuestas para releer a Sabines”, en Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 110-114
- FERNÁNDEZ Retamar, R. (1987): “Por Jaime Sabines”, en: Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 20-26
- JORDANA, E. (1987): “Subrayando a Sabines”, en: Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 91-94
- LAVÍN CERDA, H. (1987): “Jaime Sabines con un pedazo de luna en el bolsillo”, en: Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 38-47

- LEIVA, R. (1988): “Jaime Sabines”, en Mansur, M. (comp.): **Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos**, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, pp. 116-124
- LERÍN, M. (1988): “Horal”, en Mansur, M. (comp.): **Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos**, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, pp. 33-36
- LEVINE, P. y TREJO, E. (1988): “Tarumba: selección de poemas de Jaime Sabines”, trad. de Mónica Mansur, Mansur, M. (comp.): **Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos**, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, pp. 125-126
- LIZALDE, E. (1987): “No se leyó siempre bien a Sabines, en: Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 55-57
- MANSUR, M. (1966): “La poesía en prosa de Jaime Sabines”, en: Mansur, M. (comp.): **Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos**, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, pp. 73-101
- MANSUR, M. (comp.)(1988): **Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos**, Secretaría de Educación Pública, México, 1988
- MOSCONA, M. (1987): “Poesía múltiple y corrosiva”, en Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.* (1987): **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 84-86
- NANDINO, E. (1988): “Tarumba”, en Mansur, M. (comp.): **Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos**, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, pp. 110-111
- QUIRARTE, V. (1987): “El poeta en la prosa”, en: Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.*: **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 99-101
- RIVAS SÁINZ, A. (1950): “Horal”, en Mansur, M. (comp.): **Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos**, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, pp. 37-43
- SABINES, J. (1950): *Horal*, en: **Nuevo recuento de poemas**, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990, pp. 7-32
- SABINES, J. (1951): *La señal*, en: **Nuevo recuento de poemas**, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990, pp. 33-78
- SABINES, J. (1952): *Adán y Eva*, en: **Nuevo recuento de poemas**, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990, pp. 79-89
- SABINES, J. (1956) Tarumba, en: **Nuevo recuento de poemas**, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990, pp. 91-116

- SABINES, J. (1961): *Diario semanario y poemas en prosa*, en: **Nuevo recuento de poemas**, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990, pp. 117-136
- SABINES, J. (1951-1961): *Poemas sueltos*, en: **Nuevo recuento de poemas**, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990, pp. 137-191
- SABINES, J. (1967): *Yúria*, en: **Nuevo recuento de poemas**, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990, pp. 193-224
- SABINES, J. (1973): *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines*, en: **Nuevo recuento de poemas**, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990, pp. 225-241
- SABINES, J. (1972): *Maltiempo*, en: **Nuevo recuento de poemas**, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990, pp. 243-283
- SABINES, J. (1973-1977): *Otros poemas sueltos*, en: **Nuevo recuento de poemas**, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990, pp. 285-297
- SABINES, J. (1977): **Nuevo recuento de poemas**, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990
- SABINES, J. (1973-1991): *Otros poemas sueltos*, en: **Otro recuento de poemas (1950-1991)**, Ed. Joaquín Mortiz, 2ª. Reimpr., México, 1993, pp. 459-496
- SABINES, J. (1991): **Otro recuento de poemas (1950-1991)**, Ed. Joaquín Mortiz, 2ª. Reimpr., México, 1993
- VALADÉS, E. (1988): “Tarumba”, en Mansur, M. (comp.): **Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos**, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, pp. 114-115
- VILLARREAL, J.J. (1987): “Lectura de una posible antología poética”, en Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.* (1987): **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 76-84
- WONG, O. (1987): “El verso como imagen enunciativa”, en Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.* (1987): **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 139-143
- ZEPEDA, E. (1987): “El principio de nuestra familia”, en Barros, J.; Curiel, F.; Fernández Retamar, R. *et al.* (1987): **La poesía en el corazón del hombre. Jaime Sabines en sus sesenta años**, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp.144-147